

Citación bibliográfica: CARRILLO, María y RANGEL, Dolores. «Casas perdidas: el rompecabezas de Myriam Moscona». *América sin Nombre*, 30 (2024): pp. 241-257, <https://americasinnombre.ua.es/article/view/25804>

Casas perdidas: el rompecabezas de Myriam Moscona

MARÍA CARRILLO

Université de Franche-Comté, Francia

 <https://orcid.org/0000-0001-9936-3167>

DOLORES RANGEL

Georgia Southern University, Estados Unidos

 <https://orcid.org/0000-0001-7151-3178>

Introducción

Myriam Moscona (Ciudad de México, 1955) entre sus recuerdos de infancia tiene grabado el momento en el que descubrió el significado de la palabra “apátrida” (Goldberg, 2013, p. 201; Ruiz Espinosa, 2022). En su acta de nacimiento el término apátrida definía la nacionalidad de sus padres, por lo que ella pensaba que se trataba de un país e incluso un día preguntó a su maestra dónde quedaba “apátrida”. Los adultos que la rodeaban intentaban explicarle que durante las guerras las personas a veces pierden su derecho a tener una nacionalidad. Sin embargo, la reacción de la entonces niña mexicana, hija de padres búlgaros sefardíes, fue de enorme vergüenza. Ella no quería ser diferente de sus compañeros de clase, cuyos padres tenían una nacionalidad definida, ni tampoco quería tener que dar explicaciones sobre la condición apátrida de sus padres. Tenía miedo, además, de ser expulsada y tener que irse a vivir a esos países lejanos y extraños, Bulgaria e Israel, que apenas se dibujaban en las historias familiares. Para tranquilizarla, su madre le decía que no debía de preocuparse, puesto que ella, Myriam Moscona, nació en México y su historia es diferente. Este recuerdo de infancia es retomado en su libro *León de Lidia* (2022) en el siguiente pasaje de innegable calidad literaria:

© 2024 María Carrillo y Dolores Rangel



Este trabajo se comparte bajo la licencia de Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>.

–Calma, hija –dijo sonriente–, nadie nos va a echar de aquí. Tú eres mexicana y eso está en tu acta de nacimiento. Tienes otra historia. Además, a nosotros pronto nos darán nuestra carta de naturalización, un papel que nos reconoce como mexicanos.

–¿Y van a borrar de mi acta que ustedes son unos «apátridas»?

–Se dice apátridas, pero no, eso no lo van a borrar.

–¿Por qué?

–Porque las actas de nacimiento no se pueden cambiar.

–¿Siempre tendré que explicar que mis papás son a-pá-tri-das?

Años más tarde, encontré un papel con un dibujo y la palabra «apátrida» en su acta de defunción. [...] «Nacida en Sofía. Muerta en Ciudad de México. Nacionalidad: apátrida».

Al menos, pensé, mi mamá está enterrada bajo el suelo del país donde parió. Ahora, en la muerte, ya tiene raíces mexicanas. (Moscona, 2022a, p. 101-102).

La pertenencia de Myriam Moscona al campo cultural mexicano es dada por sentido. A pesar de ello, sus raíces búlgaras y sefarditas son evocadas en prácticamente todas las menciones a su obra, formando así un tejido identitario que la distingue de sus coetáneos. Esta fusión de orígenes geográficos, culturales y religiosos hace que la atención hacia su escritura tome diferentes caminos: interesa, por una parte, al colectivo de autores judíos en Hispanoamérica y a su rama sefardita; al mismo tiempo que es contada entre las voces femeninas de la literatura mexicana contemporánea.

Su nombre figura en los estudios de conjunto sobre autores judíos en el ámbito hispanoamericano (Stavans, 2003; Lockhart 2013; Sefamí y Lehmann, 2018; Ritschel, 2019; Senkman, 2019). Asimismo, Jacobo Sefamí (2021) ofrece un panorama de la obra poética de la autora, menos atendida que su narrativa. Florinda Goldberg (2000 y 2013) muestra el vínculo de sus poemas con la cultura hebrea. Lockhart (2018), por su parte, ahonda en retos lingüísticos de la traducción a la lengua inglesa de sus pasajes escritos en judeoespañol. Uno de los aspectos que más se han destacado es su apuesta por el ladino como lengua de creación literaria. Regina Igel (2022) y Brigitte Natanson (2022) incluyen su obra en estudios globales sobre el uso del judeoespañol en autores contemporáneos. Asimismo, Katharine Troskel (2022), Alessia Cassani (2019) y Jacobo Sefamí (2021) llaman la atención sobre el mérito del uso literario vanguardista de una lengua «en peligro de extinción», como señala la propia autora en su ensayo «El ladino: un pie fuera de la lengua» (Moscona, 2019).

Otra parte, no menos importante, del estudio de su obra concierne a la literatura mexicana actual y la pone en relación con escritoras nacidas en la segunda mitad del siglo XX (Vergara, 2007; Lindstrom, 2017), o bien con narradoras cuya propuesta creativa emana de los recuerdos de infancia. Tal es el caso del conjunto de estudios *Escribir la infancia: narradoras mexicanas contemporáneas* (Pasternac, Domenella y Gutiérrez de Velazco, 2016). De igual forma, Jorge Esquinca pone de relieve la capacidad de la autora para experimentar nuevos modelos creativos y reinventarse en cada uno de sus libros (Esquinca, 2015). Un recorrido por su

poesía desde *Último jardín* (1983), su primer poemario, seguido por *Las visitantes* (1989), *El árbol de los nombres* (1992), *Las preguntas de Natalia* (1993), *De frente y de perfil* (1995), *Vísperas* (1996), *Negro marfil* (2000), *El que nada* (2006), *Ansina* (2015) y *La muerte de la lengua inglesa* (2020) muestra un interés constante por traspasar las barreras del lenguaje poético, ya sea por la fusión con otras disciplinas, en especial las artes visuales, o también por el entrecruce de diferentes lenguas, el judeoespañol y el inglés, en una apuesta por hacer convivir diferentes mundos en un solo espacio creativo.

Las presentaciones de Margo Glantz y Evodio Escalante a las antologías de su obra publicadas por la Universidad Nacional Autónoma de México en las colecciones Material de Lectura y Voz Viva insisten en la particularidad de su escritura poética que en todo momento se propone bordear los límites tanto estéticos, como lingüísticos. En palabras de Margo Glantz: «los textos se han ido depurando hasta llegar a la poesía visual, una poesía en donde predominan los colores negro y marfil, colores por donde la palabra estalla, se desliza, gira, crece, cala y se disuelve» (Glantz, 2013, p. 3). Evodio Escalante, por su parte, señala otro elemento imprescindible de la estética de la autora: el viaje incansable de un libro a otro. Sus desplazamientos se dirigen al pasado en búsqueda de sus raíces familiares y, en seguida, vuelven al presente de un mundo poético novedoso: «La vanguardia, sí, la vanguardia otra vez, pero como signo del nómada que nunca dejamos de ser» (Escalante, 2022, p. 12).

La transmisión intergeneracional de lugares de pertenencia, cuya cartografía es por demás remota y compleja, toma formas interesantes en sus poemas. Dos ejemplos de esto son «Carta de naturalización», incluido en *Las visitantes*, y «Simienta», que forma parte de *Ansina*. El primero, que con justa razón ha llamado la atención de la crítica (Goldberg, 2013; Lindstrom, 2017), habla de la transmisión de la memoria familiar de madre a hija. Escrito desde un “nosotras”, ‘Carta de naturalización’ está dedicado a las hijas de las migrantes judías y a sus exilios heredados:

Las hijas de extranjeras
nacimos con agujas minuciosas.
En tiempos nobles
visitamos museos de París.
Entramos al Louvre a buscar a la Gioconda.
También nosotras crecimos en la adversidad
y sonreímos con rictus previsibles.
Si la guerra nos empujó del viejo continente
un soplo nos condena a duplicar nuestra visión.
Permanecemos a perpetuidad.
Nos debatimos entre estancias y partidas.
Deseamos dar a luz a la intemperie
para que la sangre caiga en tierra firme
hasta que las raíces se pierdan en la historia. (Moscona, 2022b, p. 77)

«Simienta» evoca las raíces de un pueblo, esta vez transmitidas por el padre. Este poema escrito en ladino se compone de palabras mínimas que con una distribución visual entrecortada obligan a recorrer lentamente los versos que resguardan la historia de la muerte de una lengua junto con sus hablantes:

me lo decía mi padre
 la edad dorada
 de mi kaveza
 está en el guerto
 sembrada
 i kanta
 kantikas
 moertas (Moscona, 2022b, p. 10)

Reconstruir el pasado es un tema esencial de la narrativa de la autora. *Tela de sevoya* (2012) y *León de Lidia* (2022) le han merecido un amplio reconocimiento, sin duda influido por la obtención del premio Xavier Villaurrutia en 2012 y las subsecuentes traducciones de *Tela de sevoya* al inglés en 2017, *Onioncloth*, y al italiano, *Tela de cipolla*, en 2021. Este libro, identificado en los catálogos editoriales como novela, es una mezcla de crónica, diario de viaje e inventario de recuerdos. Está compuesto por fragmentos breves cuyos títulos «Distancia de foco», «Molinos de viento», «Del diario de viaje», «Pisapapeles» y «Kantikas» se repiten y se entrelazan trazando un viaje hacia un pasado individual y colectivo. Al preguntarse por la lengua de sus abuelos, el judeoespañol, la narradora se pregunta también qué fue de ese idioma que permaneció en el exilio tras el Edicto de Expulsión de los judíos de España en el siglo XV, tuvo una época de esplendor a finales del siglo XIX, y sufrió un golpe mortal con la aniquilación de una gran parte de sus hablantes durante la Segunda Guerra Mundial. Tal ejercicio de memoria y conservación del patrimonio cultural dio como resultado un libro original que intercala con naturalidad pasajes en judeoespañol. Estos fragmentos en ladino ofrecen el retrato de una lengua hablada al interior de las casas por las personas mayores. «Una lengua de abuelos», como dice la autora (Moscona, 2019). Si bien hay elementos autobiográficos que pueden identificarse con facilidad, estos quedan en segundo plano frente a una voz poética que al rescatar su pasado se encuentra con un mundo cada vez más amplio.

Los acercamientos a esta obra han destacado el uso del ladino (Alberti, 2022), el retrato de la condición femenina en las relaciones de tres generaciones (Febres de Ayala, 2020), el carácter onírico del texto que desde sus vacíos de sentido nos hace recordar el desequilibrio que existe entre la memoria y el olvido (Cassani, 2017; Lechkova, 2019), así como el homenaje hecho por la autora a una herencia que no debería de perderse (Escalante, 2022).

Las líneas que abren el libro, cargadas de sentido del humor, llaman la atención sobre la jerarquía atribuida a las lenguas. Cuando la abuela Esther Benaroya llegó a México:

Pensó por un momento que todos los mexicanos eran de sangre judía. Todos hablaban español, esa lengua de los sefardís de Turquía y de Bulgaria. «*Ama aki lo avlan malo, malo... no saven dezir las kozas kon su muzika de orijín.*» (Moscona, 2012, p. 4).

No es el judeoespañol el que semeja al castellano. Al contrario, el español contemporáneo es un ladino mal hablado que, además, ha perdido su musicalidad originaria. Con este cruce de perspectivas se pone de manifiesto la distancia generacional que tiene lugar en los procesos migratorios. La abuela pertenece a una primera generación que llega en la edad adulta y ya no aprende el idioma, mientras que la nieta, narradora de la historia, ha crecido en el nuevo país y desde éste percibe con ternura la mirada descentrada, o fuera de foco, de la abuela.

En esta vuelta al pasado la casa tiene una significación especial, puesto que evoca un lugar de pertenencia que ya no existe. Es un espacio perdido cuya reconstrucción solo es posible a partir de los recuerdos. Es conmovedor el siguiente pasaje donde la abuela le da la llave de su casa en Toledo. «*Esa yave será para tus ijos, pasharika*» (Moscona, 2012, p. 67), dice la abuela, y cuenta esta historia:

Esta yave viejezika ke tengo en mi mano es de la kaza ande moravan muestros gran-gran papús. Los echaron de la Espanya, ama eyos pensavan ke poko dospues tornariyan. Esta yave me la dio mi vavá i kuando te agas ben adám yo te la vo dar para ke tu la kudies komo kudias tus ojos i se las guadres a tus inietos i a los ijos de tus inietos kuando venga tu ora. (Moscona, 2012, p. 67)

La nieta, y protagonista de la historia, duda que esa casa exista, además de que no recuerda haber conservado dicha llave. Tal vez son solo recuerdos que se han ido sobreponiendo en su memoria. A pesar de eso, decide aceptar esta casa ficticia con todo su valor simbólico y en cuanto tal hereda esa llave imaginaria a su hija durante una visita a la sinagoga del Tránsito en Toledo.

La simbología de la casa, así como la de otros objetos del origen, está muy presente en el segundo libro, *León de Lidia*. La inclinación de la autora hacia la poesía se refleja en pasajes de gran carga simbólica alrededor de pequeños detalles. El libro dedica páginas enteras a objetos como el piano, con el que la autora recuerda a su madre; las cebollas verdes con las raíces aéreas, que representan el paso imperceptible del tiempo durante el luto; o bien, la moneda más antigua, el León de Lidia, que es también el nombre de sus padres. La autora había planeado este libro como un díptico de *Tela de sevoya*, sin embargo, *León de Lidia* tomó su propio camino (Aranda, 2023; Aragón, 2023). Comparte escenarios con *Tela de sevoya*, pero su espacio y tiempo son distintos. Podríamos decir que *León de Lidia* está dedicado a

los abismos de la memoria. La rememoración que a pesar de o, más bien, gracias a sus vacíos pone los cimientos de una historia de reconciliación.

El libro cierra con la recuperación de una casa imaginaria en la que el pasado puede descansar. En sus habitaciones se encuentran todos los objetos y todas las personas que la protagonista ha conocido a lo largo de su vida. Al traspasar la última puerta, ella logra encontrar a su padre, que murió cuando era niña. Él le dirige estas palabras que resuenan en el espacio mexicano en que la autora tiene su casa y su propia historia:

“Tápame con tu rebozo, llorona, porque me muero de frío”, me dijo guiñándome un ojo, con toda su verdad. Papá, pero si estás sudando. No puedes sentir frío. “Me moverán de quererte, llorona, pero de olvidarte, nunca”, repitió en un castellano perfecto” (Moscona, 2022, p. 163).

Con esta danza de imágenes que recupera las lenguas, los objetos y los amores familiares más escondidos, la autora coloca la última pieza del rompecabezas, de forma tal que la casa recobrada encuentra su justo lugar en la memoria.

Al momento de realizar esta entrevista Myriam Moscona se encuentra en Ciudad de México. Está trabajando en un proyecto de escritura dedicado a las casas perdidas de sus ascendientes en la Segunda Guerra Mundial y la de ella misma en el sismo del 2017.

Entrevista: el proceso intergeneracional de la construcción de imaginarios espaciales

¿Cuáles y qué tipo de historias sobre (la ruta hacia) el lugar de origen son transmitidas oralmente en su caso? ¿Quién o quiénes le contaron las historias y a qué generación pertenecen los «contadores» de historias? ¿Qué papel juega el silencio en estas historias?

«Yo soy la primera persona en la familia nacida en este continente. Todos vienen de Bulgaria, de esas lejanías. Vinieron a México en los años de la posguerra con la enorme suerte de no haber sido enviados a los campos europeos. La suerte que tuvieron los judíos búlgaros fue muy distinta de la de otros países. La resistencia de la población civil apoyó a la población judía que, dicho sea de paso, estaba muy integrada a la vida social. No ocurría como en otros países europeos donde la comunidad judía solía vivir en casas pegadas una con otra. La resistencia ejerció un papel fundamental.

De todas formas, mis padres perdieron sus casas y terminada la guerra vivieron durante tres años en Israel. Tenían unos primos que habían venido antes de la guerra a México y que se habían adaptado muy bien a este país. Ellos convencieron a mi padre de buscar suerte aquí. Con los años fui entendiendo que mi padre, a quien perdí fuera de tiempo y de quien conozco muy poco, fue partisano durante

la Segunda Guerra Mundial en las montañas de Bulgaria. Nadie me lo ha dicho, pero yo deduzco que no le gustaba ser militar y que esa fue una de las razones por las que tal vez aceptó irse de Israel. No quería entrar al ejército. Es triste, pero no conozco bien la historia. Voy armando el rompecabezas. Siempre navego en la incompletud de todo esto.



Los ojos ¿de mi padre o de Paul Celan?¹

Mi última abuela murió cuando yo tenía 15 años. La curiosidad que puede tener alguien de esa edad, en plena adolescencia, no es la misma que la de un adulto. Tengo una serie de preguntas que nunca tendrán respuesta. Perdí a mi familia antes de tiempo y cuando tuve curiosidad ya no había a quién preguntarle. La herencia del judeoespañol no la tengo de nadie más que de mis abuelos que llegaron muy mayores a México y ya no pasaron al español contemporáneo. Ellos me hablaban en ese “raro”, “extrañísimo”, español y yo jamás les contesté una sola palabra en ladino. Nací en México, fui a la escuela en México y, como siempre digo, no fui arrullada en mi lengua materna. Ahí se da una contradicción interesante. Mi lengua materna es el español. Es la lengua de mi escritura y para un escritor eso constituye la patria primera. En mi caso, la contradicción es que ni de esas abuelas, ni del lado de mis padres esta lengua materna fue materna. No fui arrullada en mi amada lengua. Ellos aprendieron el castellano contemporáneo poco a poco y lo aprendieron bien. Los abuelos, desde luego, ya no lo lograron, pero yo no me daba cuenta. Uno no se hace tantas preguntas sobre la casa y la familia durante esos años de infancia y primera juventud.

Pierdo a mis abuelos paternos. En seguida, a mis ocho años, muere mi padre. Y mi madre, muy joven también. Una vez que se deja de hablar judeoespañol en casa (yo tendría unos quince años), mi contacto se vuelve cada vez más infrecuente. De pronto con algún amigo o familiar. Casi siempre viejos. Yo pensaba que esa era una lengua de abuelos. En mi generación heredamos muchas expresiones, siempre

1. Las imágenes provienen del archivo personal de Myriam Moscona. Las descripciones de cada una de ellas han sido escritas por la autora.

en un contexto de complicidad, de risa. Cuando alguien, incluso no de la familia, pero hijo de alguna familia sefardí, podía decir algo en ladino, siempre había atrás una sonrisa. Con mi hermano, la complicidad siempre fue mayor. Era un volcarse en la risa al recordar cómo le decían los abuelos a la basura, 'bukluk' o al dinero 'parás'.»

¿Cuáles son las historias transmitidas por escrito? ¿Cuáles son los textos que constituyen la «biblioteca familiar» a través de la cual se construye el imaginario del lugar de origen? ¿Cómo contribuyen a la transmisión de una imagen de dicho lugar?

«Yo creo que algo que a mí me pasó, no estoy muy segura, porque uno no está tan seguro de esas cosas, es la enorme sacudida de haber leído el libro de poemas de Juan Gelman,

dibaxu. Y también me sacudióirme dando cuenta de cómo, conforme pasaba el tiempo, los hablantes de judeoespañol que yo conocía se iban muriendo por ramilletes y ya no había niños que hablaran la lengua. De alguna forma, sin haberlo elegido, pertenezco a la última generación a la que le pasaron este fuego encendido que notaba cómo se iba a apagando en mis manos. La presencia del libro *dibaxu*, fue como un balde de agua fría. Además, con la admiración absoluta de saber que Gelman era y sigue siendo el único caso que crea algo con el judeoespañol sin ninguna pertenencia comunitaria a esa lengua. Su pertenencia lingüística sería, en todo caso, al yídish. Hay muchas razones por las que Juan Gelman decide hacer algo con esa lengua de exilio. Él mismo era un exiliado.

Yo que soy hija, no diría de exiliados, pero sí de migrantes, de pronto fui reaprendiendo lo que había olvidado, con la ayuda de nadie, con la ayuda de la memoria, con la ayuda de mi hermano. Cuando todo esto empezó a aterrizar en el deseo de escribir un libro de poesía en judeoespañol, empecé de la forma más rupestre a tratar de allegarme a la recuperación de aquella hermosa lengua que entraba a mi oído, pero que nunca hablé. Todo esto está lleno de contradicciones aparentes porque ¿cómo vas a recuperar algo que no has tenido? Lo tenía en el oído. En mi primer viaje a Bulgaria, un viaje importantísimo, me acerqué a un club de mujeres que se



Preguntas que nunca sabré responder.

juntaban a hablar en judeoespañol. Era gente muy mayor que me decía que a sus hijos ya no les interesaba esta lengua. «Nos juntamos a *echar lashon*²», decían.

Sí tuve contacto con los hablantes naturales, pero no soy una fuente directa. La fuente ya está diluida y muy descafeinada. Además, pienso que el castellano puede ser uno de los peores enemigos del judeoespañol, por su cercanía. Los verdaderos hablantes de ladino, como mis abuelos ¿qué sabían ellos del español contemporáneo? Nada. Su lengua materna era el búlgaro y sabían palabras en turco que, por cierto, el ladino tiene mucho vocabulario de palabras turcas. El castellano es el contenedor, la madre del judeoespañol, y el turco sería algo así como la mayor comadre. Hay muchas palabras en judeoespañol que vienen del turco que si yo se las digo no las van a entender porque no es castellano. Si yo les digo que se dice *pedrio*, en vez de ‘perdió’ lo pueden deducir, pero si yo les digo *parás*, no se parece a nada: es ‘dinero’. Ahí el judeoespañol se va complicando.»



Un ramillete de caballeros búlgaros.

¿Qué eventos, costumbres o rituales de la vida judía tales como platos tradicionales o celebraciones colectivas se asocian en su familia al imaginario de la casa?

«En casa lo mismo se podía cocinar un mole de olla y un mole poblano que hacer esas berenjenas y esa sopa de yogurt con pepino, el *tatator*, que me sigue fascinando y que siempre me preparo en épocas de calor. Soy lo que he perdido y está claro que mis pérdidas me han enriquecido. Es paradójico, sí, porque son indeseables, pero me han forjado, me han fortalecido. Sobre el asunto culinario que me preguntas no es

2. «*Echar lashon*» es una expresión en ladino que significa conversar.

algo que me tenga que poner a destrenzar, lo vivo de forma natural. Ambas cocinas son tuyas, las disfrutas, te pertenecen y existen en la alegría de forma simétrica. Lo sefardí y lo mexicano han crecido juntos, son inseparables.

Cuando era niña, en la esquina de la casa se paraba un campesino que llevaba una burra, la ordeñaba y vendía la leche, leche bronca de burra. El campesino, vestido con su traje tradicional de manta, precioso en su sencillez, me decía palabras que me recordaban el hablar de mis abuelas. ¿Este campesino cómo puede ser que también venga de Bulgaria? (risas). Me decía «Tómame esta leche que ansina te vas a engrandecer, mi niña». La palabra «ansina» es una huella tan fuerte que la convertí en el título de mi libro de poesía, concebido y escrito en judeoespañol. Ese «ansina» (que significa «así» o «así es») se sigue usando en las zonas rurales, como también se usa *mesmo*, *naiden*, *ande juitses*, igual que en el campo.»

¿Hay canciones, piezas de música, melodías fragmentarias cuyo sonido o letra contribuyen a la transmisión del imaginario del lugar de origen?

«Aunque vengo de una familia heterodoxa, durante la pascua judía usábamos, por ejemplo, la *Hagadá de Pésaj*, con la ley y las canciones para la observancia de la fiesta que, dicho sea de paso, es la festividad más compleja del calendario judío. Cantábamos varias de las canciones en ladino. El *kavretico*, por ejemplo.

*Un kavretico ke lo merko mi padre
por dos levanim por dos levanim*

*I vino el gato i se komio al kavretico
ke lo merko mi padre por dos levanim...*

*I vino el perro i modrio al gato
ke se komio al kavretico
ke lo merko mi padre por dos levanim...*

*I vino el palo i aharvo al perro
ke modrio al gato, ke se komio al kavretico
ke lo merko mi padre por dos levanim ...*

*I vino el fuego i kemo al palo
ke aharvo al perro, ke modrio al gato,
ke se komio al kavretico
ke lo merko mi padre por dos levanim...³*

3. «Un cabrito que compró mi padre / por dos monedas por dos monedas / Y vino el gato y se comió al cabrito / que compró mi padre por dos monedas... / Y vino el perro y mordió al gato / que se comió al cabrito / que compró mi padre por dos monedas... / Y vino el palo y golpeó al perro / que mordió al gato, que se comió al cabrito / que compró mi padre por dos monedas... / Y vino

Los ritos tienen una complejidad y una belleza que van más allá de las creencias y de la fe. Me conmueven los ritos. Cuando murió mi madre encendí una vela que flotaba en un cuenco de aceite. Ese momento inolvidable me unió a millones que durante milenios se consolaron como yo, para honrar la vida de un alma en su viaje. Los ritos tienen también un carácter medicinal, curativo y profundo. En mi orfandad, el fuego que flotaba en ese aceite me acercaba a mi linaje.»



Mis enigmas.



Dos presencias en un día soleado de Bulgaria.

el fuego y quemó al palo / que golpeó al perro, que mordió al gato / que se comió al cabrito / que compró mi padre por dos monedas...» «*Un kavretico*» («Un cabrito»), canción popular sefardí.

¿En su casa hay objetos que la reenvían al lugar de origen? ¿Cómo contribuyen a la construcción del imaginario del lugar de origen?

«Mi lugar de pertenencia es México. Bulgaria es un país que siempre está ahí mordéndome la oreja. Tengo objetos que han pasado de generación en generación.

Hay otros objetos familiares que no tienen que ver con el origen geográfico. Tengo piano desde que nací. Aunque mis padres, como migrantes, tenían una condición modesta, siempre, hasta la fecha, hubo un piano en casa. Tal vez porque mi madre había estudiado en el conservatorio de Bulgaria y era cantante de ópera (contralto), seguramente tocar el piano la relajaba. La música también me unía a ella. Pienso que a ella le debo el oído musical que tengo para el lenguaje escrito. Tuvimos un Steinway usado. El piano, para mí, fue una amalgama en el sentido del calor materno.»

¿En su familia hay otras maneras de construir o mantener de generación en generación vivo el imaginario del lugar de origen?

«Con mi hermano tengo, de formas cómplices, expresiones heredadas que nos hacen reír a carcajadas. Desde que nos quedamos solos, sin más familia que nosotros dos, nos acordábamos de una frase, de una expresión y nos doblábamos de risa. Ahora yo podría decir que uno de los grandes amores de mi vida ha sido el judeoespañol, aunque sea un amor reciente. Hubo un largo paréntesis en el que el ladino dejó de estar en una zona central de mi vida.

Luego fui madre, el padre de mi hija no es judío. Nos interesó transmitirle a mi única hija que somos ciudadanos del mundo. No sé qué hice, pero mi hija tiene un fuerte sentido de pertenencia a su linaje. Ella no fue a una escuela judía, como yo, pero su identidad está focalizada en su judeidad, lo mismo que en su ser mexicana.

Algunas veces uso expresiones en judeoespañol con ella. Me gustaría escribir un libro para mis nietas. No en judeoespañol, pero sí con los guiños del judeoespañol



Una escena teatral en Sofía.

para que ese calor que dan las lenguas siga vivo en la familia. El ladino, y lo digo con tristeza, ya no es una lengua de intercomunicación personal, pero sus expresiones siguen vivas.

Me identifico con esas plantas que crecen a la orilla de los ríos y que tienen las raíces aéreas: los manglares. Hay una belleza en desenterrar las raíces y vivir como esas plantas, con las raíces al aire. Los manglares siguen siendo lo que son, aunque no vivan con las raíces enterradas en el sitio donde respiran.»



Dos hermanos de otros tiempos.

¿Cómo interactúan el espacio de su país de acogida y el espacio del origen ancestral, en la construcción de un sentido de pertenencia? ¿Cómo se relacionan la imagen de (la ruta) la Tierra Santa y la imagen del retorno al país de origen ancestral?

«De forma natural. Estudié en una escuela judía desde el kínder hasta la preparatoria. Hablo hebreo. De joven, viví en un kibutz del que no quería regresar, pero volví para matricularme en la universidad. La memoria que conservo de ese tiempo pertenece a un país que ya no existe. Pareciera que el kibutz, al menos en el que yo estuve, se ha convertido en una especie de *Club Med*. Toda esa idea de la vida comunitaria se ha transformado en otra cosa. El país, en su antigua modestia, perdió la belleza que embellecía las relaciones entre la gente.

Siempre me sacude volver. Lamento la política de Israel. En estos momentos, igual que para tantos miles y miles de israelís, la considero una vergüenza. La política de Israel, hoy por hoy, es para mí, una profunda decepción. En ese sentido, estoy

lejos. Sin embargo, ante los conflictos de la política israelí padezco que, en la diáspora de la que formo parte, existan expresiones y acciones antisemitas reduciendo no a la política, sino a lo judío, a los mismos clichés de siempre. Me alarma constatar que está a punto de destruirse la única democracia de la región. Israel atraviesa por un momento gravísimo. ¿Y México? Tenemos décadas con gobernantes abusivos, corruptos, populistas, mentirosos. Y aunque haya tenido un distanciamiento crítico, eso no me ha quitado el sentimiento de mexicanidad, que es tan natural como mirarte en el espejo y reconocer que tú estás allí, duplicado. Lo mismo con la identidad judía. Siempre tendré una mirada hacia las minorías.

Admiro y venero en Israel las manifestaciones del arte. La danza contemporánea, el cine, la literatura que tiene unos grados de expresión tan amplios en una lengua tan pequeña y con tan pocos hablantes. Sus aportaciones para la comprensión de la condición humana son encomiables. También admiro la libertad que se vive en varias ciudades de Israel, la belleza impactante de Jerusalén que al mismo tiempo me resulta difícil de digerir con tanta ortodoxia, esas niñas adolescentes llenas de hijos, hombres que te juzgan con la mirada. Salvo con los religiosos de la serie *Shtisel*, que adoro, nunca me he sentido cerca de la religión llevada a tales extremos. Israel me genera dolor y alegría y conflicto y admiración y tengo dentro de mí predilección por ciertos lugares cuya belleza siempre me conmueve.»

Clausura: el sentido de pertenencia

Para finalizar la entrevista, nos preguntamos qué concepto del hogar es el resultado de dicho proceso de transmisión intergeneracional de un imaginario espacial, que se ha descrito a través de las respuestas a las siete preguntas. Así llegamos a la pregunta de clausura: ¿Cómo se concibe y dónde podemos situar, en su mapa imaginario, “su hogar”?

«En mi lengua, una lengua con dos madres poderosas. Aunque mi hogar estuviera en la Conchinchina, siempre mi centro estaría en aquello que me permite ser y comprender. Tengo las manos sucias de lenguaje. Como un ceramista con las manos en el barro, todo el tiempo amaso palabras.

Perdí mi casa en el sismo del 2017. Eso cambió mi vida, la partió en dos. Tardé años en darme cuenta de que soy la tercera persona de mi linaje familiar de mujeres en perder su casa. La perdió mi abuela. la perdió mi madre y la perdí yo. Sus casas se perdieron en la guerra, fueron



Una casita en Bulgaria.

bombardeadas. Conozco poco los detalles. Pertenecer a una familia que se desintegró tan pronto, me ha llevado a imaginar, a reinventar las piezas para completar el rompecabezas del que formo parte. Buena parte de lo que escribo busca encontrar ese sentido. Ese viaje real e imaginario me lo ha dado la escritura. El viaje me es importante metafórica y físicamente. También mi vida está en ese desplazamiento, en ese querer conocer. Lo veo en mi voz literaria de libro a libro. Busco ese desplazamiento. Me aburro de ser la misma. Ese desplazamiento en el plano espacial es algo que, a pesar de haberla perdido, me da mucha casa.»

Reflexiones finales

Las figuraciones del origen son transmitidas de una forma particular en Myriam Moscona. El hecho de haber perdido a sus padres y abuelos a temprana edad sumerge los recuerdos en el imaginario difuso de la infancia y la adolescencia. En este contexto, su hermano mayor se convierte en una vía de transmisión crucial. Él puede recordar los años de infancia con un poco más de precisión que la autora, además de que se convierte en su cómplice a la hora de conservar el ladino en la familia. Las prácticas de transmisión consisten en festividades como el Pésaj; en rituales que en su carácter curativo acompañan momentos de luto; o en platos típicos que, sin embargo, se mezclan con la gastronomía mexicana. A pesar de estas vías de transmisión, los datos sobre las raíces familiares son escasos. Estos vacíos motivan a la autora a emprender un arduo trabajo de investigación sobre el judeoespañol, dando origen a espacios imaginativos que completan el rompecabezas de su historia.

Casas, patrias y lenguas perdidas encuentran su lugar de pertenencia en un mundo literario que funda sus cimientos en la lengua y los viajes. Forjar una casa en el lenguaje es una evidencia para un escritor. La particularidad de la casa de Myriam Moscona está, sin embargo, en ese lenguaje que se transmite de forma fragmentaria al interior de las familias sefarditas. Los viajes constituyen otro tipo de casa. Estos instauran su centro en el movimiento mismo, en su búsqueda de nuevos horizontes y en su capacidad de reinventarse, pues como nos dice la autora: «ese desplazamiento en el plano espacial es algo que, a pesar de haberla perdido, me da mucha casa.» Quizás el mayor regalo de Myriam Moscona no solo para su linaje, sino también para todos sus lectores, reside en esta capacidad de transformar las pérdidas en caminos de reconstrucción y reconciliación.

Bibliografía

- ALBERTI, D. (2022). Myriam Moscona. *Tela di cipolla*. *Altre modernità*, 28 (11), 511-517.
- ARAGÓN, K. (2023). Myriam Moscona indaga en *León de Lidia* los senderos de la memoria. El Sol de México, 5 de febrero, 2023. <https://www.elsoldemexico.com.mx/cultura/literatura/myriam-moscona-indaga-en-leon-de-lidia-los-senderos-de-la-memoria-9574185.html> (Consultado el 30 de mayo de 2023).
- ARANDA, A. (2023). Entrevista con Myriam Moscona sobre el libro *León de Lidia*. Youtube, 18 de enero del 2023, <https://www.youtube.com/watch?v=zDVMFQau9YU> (Consultado el 30 de mayo de 2023).
- CASSANI, A. (2017). Messaggi da altri mondi. La dimensione onirica nell'opera di Myriam Moscona. Baricci (Ed.). *Sogno e surreale nella letteratura e nelle arti ebraiche*. Ledizioni, 91-104.
- CASSANI, A. (2019). *Una lengua llamada patria. El judeoespañol en la literatura sefardí contemporánea*. Anthropos.
- ESCALANTE, E. (2022). Presentación. *Myriam Moscona. Casa rodante*. Voz Viva, UNAM, 11-18.
- MOSCONA, Myriam / Jacobo SEFAMÍ (eds.) (2013): Por mi boka. Textos de la diáspora sefardí en ladino. México: Editorial Lumen.
- ESQUINCA, J. (2015). Myriam Moscona. De frente y de perfil. *Revista de la Universidad de México*, 137, 30-33.
- FEBRES DE AYALA, L. M. (2020). La mujer judía en dos novelas latinoamericanas: *La piel del alma*, de Teresa Porzecansky, y *Tela de sevoya*, de Myriam Moscona. *Agencia femenina en la literatura ibérica y latinoamericana*. Iberoamericana Vervuert, 187-201.
- GLANTZ, M. (2013). Nota introductoria. *Myriam Moscona. Antología*. Material de Lectura, UNAM, 2-6.
- GOLDBERG, F. (2000). Literatura judía latinoamericana: modelos para amar. *Revista Iberoamericana*, 66 (191), 309-342.
- GOLDBERG, F. (2013). "Carta de naturalización": particularidad y universalidad en la poesía de Myriam Moscona. *Chasqui Special Issue*, 4, 192-202.
- IGEL, R. (2022). Ladino e sua expressão literária na América Latina. *Cadernos De Língua E Literatura Hebraica*, 22, 151-164. <https://doi.org/10.11606/issn.2317-8051.cllh.2022.205108> (Consultado el 30 de mayo de 2023).
- LECHKOVA, D. (2019). Idas y vueltas: liminalidad y creación en *Tela de sevoya* de Myriam Moscona. *Confluencia*, 34(2), 52-62.
- LINDSTROM, N. (2017). La pérdida y la destrucción en la poesía visionaria de Myriam MOSCONA. *Tintas: Quaderni de letterature iberiche e iberocoamericane*, 7, 33-44.
- LOCKHART, D. (Ed.) (2013). *Critical Approaches to Jewish-Mexican Literature*. *Chasqui Special Issue*, 4.
- LOCKHART, D. (2018). The Semiotics of Djudeo-Espanyol in Recent Works by Myriam Moscona. *iMex* 7 (14), 110-121, 2018.
- MOSCONA, M. (1983). *Último jardín*. Ediciones el Tucán de Virginia.
- MOSCONA, M. (1989). *Las visitantes*. Joaquín Mortiz.
- MOSCONA, M. (1992). *El árbol de los nombres*. Secretaría de Cultura de Jalisco.
- MOSCONA, M. (1993). *Las preguntas de Natalia*. CONACULTA.
- MOSCONA, M. (1996). *Visperas*. Fondo de Cultura Económica.

- MOSCONA, M. (2000). *Negro marfil*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- MOSCONA, M. (2006). *El que nada*. Ediciones Era.
- MOSCONA, M. (2009). *De par en par*. Instituto Mexiquense de Cultura / Bonobos.
- MOSCONA, M. (2012). *Tela de sevoya*. Lumen.
- MOSCONA, M. (2013). *Antología*. Material de Lectura. UNAM.
- MOSCONA, M. (2015). *Ansina*. Vaso Roto.
- MOSCONA, M. (2019). El ladino: Un pie fuera de la lengua. *Hispanérica*, 48 (143), 79-84.
- MOSCONA, M. (2020). *La muerte de la lengua inglesa*. Almadía.
- MOSCONA, M. (2022a). *León de Lidia*. Tusquets.
- MOSCONA, M. (2022b). *Casa rodante*. Voz Viva. UNAM.
- NATANSON, B. (2022), Lenguas judías en contacto: el idish y el judeoespañol en el castellano de la literatura de la migración hacia el Río de la Plata y México. Fine, R., Goldberg, F. y Hasson, O. (Eds.), *Mundos del hispanismo: una cartografía para el siglo XXI: AIH Jerusalén 2019*. Iberoamericana/Vervuert. https://doi.org/10.31819/9783968693002_202
- PASTERNAK, N., DOMENELLA, A. R., y DE VELASCO, L. G. (Eds.) (1996). *Escribir la infancia: narradoras mexicanas contemporáneas*. El Colegio de Mexico.
- RITSCHER, S. (2019). Diasporic Topographies of Remembrance in New Autobiographical Sephardic Writing. *The World in Movement*. Brill, 194-204 doi: https://doi.org/10.1163/9789004385405_012 (Consultado el 30 de mayo de 2023).
- RUIZ ESPINOSA, S. (2022). Myriam Moscona. Conversación sobre su libro *Tela de sevoya*. Cátedra Alfonso Reyes, Youtube, 13 de junio del 2022. <https://www.youtube.com/watch?v=cYTKsUguZt0> (Consultado el 30 de mayo de 2023).
- SEFAMÍ, J. (2021). De ida y vuelta: Myriam Moscona entre el pasado búlgaro-sefaradí y el presente mexicano. *iMex*, 19, 155-165.
- SEFAMÍ, J. y LEHMANN, M. (2018). La experiencia judía en México: apuntes introductorios. *iMex*, 7 (14), 8-13.
- SENKMAN, L. (2019). Vivir "Entre mundos": Presencia judía en las letras iberoamericanas. *Hispanérica*, 48 (143), 71-74.
- STAVANS, I. (2003). Jewish Literature and Latin America. *Judaism*, 52, (3-4), 246-260.
- TROSTEL, K. (2022). "Viejas pisadas": Activating Postvernacular Ladino in the Works of Myriam Moscona. *Latin American Jewish Studies*, 1(1), 7-20.
- VERGARA, G. (2007). Los arquetipos del tiempo: visión y revelación en las poetisas mexicanas nacidas en los cincuenta. *Signos Literarios*, 6, 99-111.